

**11º domingo-B**  
**SOMOS CUERPO Y OBSERVAMOS PLANTAS**  
***Padre Pedro José Ynaraja Díaz***

Dos son las imágenes que en las lecturas del presente domingo se nos ofrecen. En primer lugar la carta a los corintios habla del cuerpo humano no como algo que se posea, con el que uno pueda tener derecho a hacer y deshacer lo que quiera. La corporeidad es el domicilio de nuestro ser completo. Sabemos cuánto implica respecto a nuestra vida la mansión en la que habitamos. Sea como sea la morada llegará, un día que debemos dejarla, sin que desaparezca, para presentarnos ante Dios.

Observo y lo lamento, que hoy en los ámbitos cristianos no se habla y reflexiona respecto al final de nuestra vida, cuando debemos abandonar las rejas que nos aprisionan, el espacio/tiempo y responder de nuestro comportamiento histórico. No somos objetos para usar y tirar por parte de nadie.

La Trascendencia no es exclusivamente cuestión ideológica. Soy creyente o no creyente, o me limito a ser agnóstico, es frecuente escuchar. Mi realidad, mental y práctica, será responsable y consecuencia de la realidad eterna.

Esta temporada durante la que parecía que los virus nos rodeaban cual mosquitos dispuestos a picar y acabar de inmediato con nuestra vida, al ir a dormir pensaba detenidamente, no hay duda que continuaré existiendo, pero ¿cómo será tal supervivencia sin que me mueva, ni vislumbre, sin futuro, ni cambios?.

No me hacía ninguna gracia tal pensamiento. Pese a que recuerde a Pablo y otras personas de calidad, que dice que desea el encuentro en la eternidad con Dios, tal era mi desconcierto, muy propio y consecuencia de la pandemia, que solo pensar que he amado un poco a Dios, que le diga con frecuencia: ya sabes que quiero quererte, me permitían aceptar el sueño.

Cambio de tercio.

Las otras dos lecturas son campestres y la mayoría de vosotros, amigos lectores, sois probablemente urbanitas.

Ezequiel desarrolla sus enseñanzas en torno al cedro. Durante mi segunda infancia y la adolescencia, la libertad de aquellos tiempos nos permitía jugar en la yerba de los jardines que rodeaban el gran edificio de la estación de ferrocarril donde vivíamos: Trepas por los árboles, hablar, discutir y reír, era la ocupación de nuestras horas libres. Nos rodeaban castaños de indias, tres o cuatro troanas y cuatro coníferas, una de ellas era un cedro, de maravilloso porte, sus ramas inclinadas hacia abajo no nos permitían subir por su tronco poco más de un metro. Era el árbol augusto y se le debía respeto. A su majestad el cedro se le debe tratar con delicadeza, de no hacerlo avisa, pinchándote ligeramente. Más tarde he visto y continúo viendo cedros por muchos otros sitios, mereciéndome la misma admiración y respeto.

El cedro es árbol emblemático del Líbano, aun hoy en día figura en su bandera. Salomón compró al vecino rey Hiran mucha madera de tal pino para su palacio y para el Templo, ya que a su robustez y suave tacto, añade un cierto perfume. Se multiplica mediante decorativas piñas que se deshojan enseguida, de aquí que no se use casi nunca en decoraciones navideñas.

Ezequiel que no era botánico, ni siquiera jardinero, imagina que Dios coge una ramita tierna de la elevada cresta y la planta en un lugar escogido de Israel en el

que germina, enraíza y crece altivo. Luego el tal hermoso ejemplar, de tan diminuto origen, será símbolo de Israel ya que ha sido escogido por el Señor.

Cambio nuevamente de tercio y paso al texto evangélico.

El Maestro esta dirigiéndose a oyentes que pertenecen a una cultura agrícola, que seguramente no es la vuestra, amigos lectores. Probablemente si alguna planta tenéis en vuestro domicilio la habréis comprado u os la habrán regalado. Aun así, respetadla y admiradla.

Los campos por los que se desplaza el Señor son tierra de cereales y a ellos se refiere para deducir enseñanzas que en ellos se encierran.

Usaban para sembrar los mismos modos que han perdurado hasta hace muy poco entre nosotros. El labrador llevaba una bolsa en la cintura e iba con su puño lanzando diestramente el grano por el campo. Caía al suelo y aparentemente desaparecía, para brotar discretamente al cabo de unos días. Iban creciendo hojas, aparecía después la humilde espiga casi invisible, rodeada de inmediato por las diminutas cápsulas de polen que la fecundaban. El labrador observaba sigilosamente, esperando el día que madurasen, amarillase su aspecto para pronto adquirir el característico tono de oro viejo, que le anunciaban que el grano que algunos meses antes había enterrado, estaba ya en su plenitud, en su final y era preciso segarlos.

*(he redactado en pasado, hoy muchas de estas faenas son operaciones técnicas de mastodónticas maquinas cosechadoras. Pero lo que he descrito era así y además he podido verlo)*

Semejante es la existencia del hombre en este mundo y equivalente su historia. La muerte no es el final, es sólo un cambio. El éxito de un grano de trigo es convertirse en harina y hacerse pan. Así la vida humana, así nuestro destino.

Conservarlo es condenarlo a perder fecundidad o ser atacado por depredadores.

Vuelvo a repetir, semejante es la vida del hombre que se limita a pasar el tiempo huyendo del ostracismo y consiguiendo entretenerse en naderías.

El otro ejemplo que pone Jesús a continuación era evidente para quienes le estaban escuchando, sin que necesitara precisiones. La mostaza es una planta que es mencionada en este pasaje y creo que otra única vez en el Talmud, por lo tanto, y aportados tan pocos datos, no podemos asegurar a qué vegetal se está refiriendo. Por descontado, no se trata del que permitirá la elaboración de la famosa salsa de Dijon. Quienes vamos por primera vez a Tierra Santa nos creemos lo que por allí cuentan que es la mostaza. Traemos diminutas semillas, las plantamos y se nos convierten en un arbusto que puede crecer unos cuantos metros. Yo lo he hecho más de una vez y siempre hay alguna planta delante de casa, pero estudiosos botánicos de allí, interesados también en el contenido bíblico, llámeseles de jardín botánico o de Keot Kedumin, la preciosa finca bíblica, dicen que se trata de la "*Nicotiana glauca*" que no reúne las condiciones que señalan los antiguos textos bíblicos.

No os preocupéis, la enseñanza del Maestro no era una lección de ciencias natura, les la predicaba para que fuera útil para la salvación de sus oyentes y la nuestra.

Os pongo un ejemplo actual, cualquier semilla de las orquídeas que brotan entre nosotros es enormemente diminuta, pero si miráis con detenimiento la flor, quedaréis asombrados de su gran belleza. El tamaño no es criterio de calidad.

Como en otro lugar el Señor dice "todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es semejante al dueño de una casa que saca de sus arcas lo nuevo y

lo viejo" (Mt 13,52) yo, sin pretender corregirle, únicamente atreviéndome a actualizar las imágenes que en su tiempo y lugar las gentes conocían, me atrevo a decirles: de una patata, por grande que sea, no podrá salir más que una patatera de algunos palmo de alzada y de sus ramas no podrá hacerse ni siquiera un mondadientes. En cambio, de un diminuto piñón crecido en un bosque, podrá hacerse un navío que surcando mares nos lleve a otro continente.

Lo importante, pues, no es la estatura, ni el dinero, ni los diplomas, ni el poder político o social que uno pueda tener, o los idiomas que uno sepa hablar. Lo que importa es la bondad aplicada, el servicio prestado, la ilusión contagiada, que encamine a uno y a los demás hacia el Reino de los Cielos.

Por tanto es preciso que cada uno se pregunte ahora y con periódica frecuencia ¿estoy preparado para la siega? ¿soy espiga madura y fecunda en este momento? Los dones del Señor, las cualidades personales no las recibimos para guardarlas en una nevera espiritual y que se conserven sin tacha ni provecho.